

Miguel MORÁN TURINA, *La memoria de las piedras. Anticuarios, arqueólogos y coleccionistas de antigüedades en la España de los Austrias*. Madrid, CEEH (Centro de Estudios Europa Hispánica), Colección Confluencias, 2010, 451 págs., 176 figs. ISBN: 978-84-936060-7-7.

Hace veintidós años se celebró en Montpellier un Congreso Internacional sobre el coleccionismo de antigüedades, el primer encuentro dedicado específicamente a este tema, en el que participaron tanto historiadores del Arte como arqueólogos y que demostraba el interés que desde hacía algún tiempo suscitaba el coleccionismo como tema de investigación<sup>1</sup>. Dos ilustres ponentes, Francis Haskell y Krzysztof Pomian, cuyas propias obras se habían convertido ya en clásicos de la historiografía sobre este tema<sup>2</sup>, preguntaron a los dos únicos españoles allí presentes por los últimos avances en la investigación española sobre coleccionismo; concretamente querían saber en qué estaban trabajando entonces dos jóvenes historiadores del Arte, Fernando Checa Cremades y José Miguel Morán Turina, autores del primer estudio aparecido en España sobre el tema<sup>3</sup> y, por tanto, pioneros en este nuevo campo dedicado a aquellos coleccionistas y anticuarios del Renacimiento que apasionadamente atesoraron y estudiaron objetos y monumentos de la Antigüedad grecorromana. Pues bien, el profesor Morán Turina, catedrático del Departamento de Historia del Arte II de la Universidad Complutense, ha continuado trabajando en esta línea, en algunos casos acompañado por sus colegas Fernando Checa y Delfín Rodríguez Ruiz. Son bien conocidos, por ejemplo, sus estudios sobre el coleccionista y numismata oscense Vincencio Juan de Lastanosa o los dedicados a Velázquez y la colección de esculturas para el Alcázar que adquirió durante su segundo viaje a Roma.

---

<sup>1</sup> Annie-France Laurens y Krzysztof Pomian (eds.), *L'anticomanie. La collection d'antiquités aux 18<sup>e</sup> et 19<sup>e</sup> siècles*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1992. Véase la crónica del Congreso redactada por G. Mora y A. Úbeda de los Cobos en *Archivo Español de Arqueología*, 61, 1988, pp. 341-344.

<sup>2</sup> K. Pomian, *Collectionneurs, amateurs et curieux: Paris-Venise, XVI<sup>e</sup> – XVIII<sup>e</sup> siècle*, Paris, Gallimard, 1987; F. Haskell & N. Penny, *Taste and the Antique. The Lure of Classical Sculpture 1500-1900*, Yale University Press, 1981 (trad. cast.: *El gusto y el arte de la Antigüedad. El atractivo de la escultura clásica (1500-1900)*, Madrid, Alianza Ed., 1990).

<sup>3</sup> J. M. Morán Turina y F. Checa Cremades, *El coleccionismo en España. De la cámara de maravillas a la galería de pinturas*, Madrid, Cátedra, 1985.

Es preciso señalar que precisamente en esa época comenzaban en España los primeros estudios sobre historia de la arqueología<sup>4</sup>, aunque debían pasar unos años antes de surgiera entre los arqueólogos un interés concreto por el coleccionismo de antigüedades, tema que parecía estar vinculado tradicionalmente a la Historia del Arte. Porque para la mayor parte de los arqueólogos clásicos actuales, la historia del Arte es una disciplina ajena a sus intereses. Y, sin embargo, no siempre fue así; de hecho, ambas estuvieron unidas hasta épocas muy recientes<sup>5</sup>.

Después del libro fundacional de Julius von Schlosser sobre las cámaras de maravillas del Renacimiento<sup>6</sup>, podríamos señalar algunos hitos en la evolución de los estudios sobre el coleccionismo de antigüedades: en primer lugar el gran proyecto *Census of Antique Works of Art and Architecture Known in the Renaissance*, creado por F. Saxl en 1946 y desarrollado en el seno del Warburg Institute, en Londres y Roma, por Phyllis P. Bober (una arqueóloga clásica) y Ruth Rubinstein (historiadora del arte), quienes recopilaron y estudiaron el entramado de coleccionistas, anticuarios y artistas que entre los siglos XIV y XVI construyeron una imagen del pasado clásico a partir de sus restos materiales<sup>7</sup>; en segundo lugar, el ya mencionado Coloquio *L'anticomanie* de 1988, que reunió, además de a Pomian y a Haskell, a otros grandes especialistas como Alain Schnapp<sup>8</sup>, Annie-France Laurens, Dieter von Bothmer, François Lissarrague, Ian Jenkins o François de Polignac, y que supuso el punto de partida para la revalorización de estos estudios: su incidencia en la historia de la arqueología y la historia del arte, la necesaria interdisciplinariedad que agrupaba a historiadores de la Edad Moderna, arqueólogos e historiadores del Arte (pero también a antropólogos, sociólogos –

---

<sup>4</sup> En diciembre de 1988 se celebró en el CSIC el primer Congreso Internacional *Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, coordinado por Javier Arce y Ricardo Olmos (Madrid, Ministerio de Cultura, 1991). Siguiéron otros dos en 1995 y 2004: Gloria Mora y Margarita Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado. Génesis y marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 2007; Victoria Cabrera Valdés y Mariano Ayarzagüena Sanz (eds.), *El nacimiento de la Prehistoria y de la Arqueología científica*, Madrid, volumen monográfico de *Archäia*, 3-5, 2003-2005. También en la década de los noventa se publicaron las actas de los dos Coloquios *La antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía* (eds. José Beltrán y Fernando Gascó, Sevilla, 1993 y 1995).

<sup>5</sup> Ranuccio Bianchi Bandinelli, *Introducción a la arqueología clásica como historia del arte antiguo*, Madrid, Akal, 1982. Sobre la separación de ambas disciplinas en España, véase Margarita Díaz-Andreu, “Arte y Arqueología: la larga historia de una separación”, en *Historiografía del Arte español en los siglos XIX y XX. VII Jornadas de Arte*, Madrid, CSIC, 1995, pp. 151-160.

<sup>6</sup> J. von Schlosser, *Las cámaras artísticas y maravillosas del renacimiento tardío. Una contribución a la historia del coleccionismo*, Madrid, Akal, 1988 (esta traducción corresponde a la segunda edición alemana de la obra, según manuscrito autógrafo fechado en 1923).

<sup>7</sup> P.P. Bober & R. Rubinstein, *Renaissance Artists & Antique Sculpture: a Handbook of Sources*, London-Oxford, Oxford University Press, 1986.

<sup>8</sup> A. Schnapp, *La conquête du passé. Aux origines de l'archéologie*, Paris, Éditions Carré, 1993: otro libro esencial que desde su publicación se convirtió en modelo para muchos estudios posteriores.

siguiendo la estela de Norbert Elias - e incluso psicólogos) para estudiar, por un lado, la historia de las colecciones y la personalidad e intereses de sus protagonistas o poseedores, y, paralelamente, el contexto social y cultural en que estas colecciones se reunieron, el tipo de objetos seleccionados, las motivaciones profundas y los intereses subyacentes vinculados a una época y un ambiente determinados. Unos años después, en mayo de 2001, Stephan Schröder organizaba en el Museo del Prado un Simposio sobre *El coleccionismo de escultura clásica en España*<sup>9</sup>, en el que participaron historiadores del Arte (el propio Morán Turina, Pilar Silva, Rosario Coppel, M<sup>a</sup> Jesús Herrero) junto a arqueólogos clásicos (Stephan Schröder, Miguel Ángel Elvira, Beatrice Cacciotti, Markus Trunk, José Beltrán, Gloria Mora), con trabajos en muchos casos deudores de las investigaciones anteriores de F. Checa, V. Lleó Cañal, J.R. López Rodríguez y el propio Morán, entre otros. Cabe añadir en los últimos años los Congresos internacionales y publicaciones asociados al proyecto “Arqueología, coleccionismo y mercado de antigüedades España-Italia siglos XVI a XIX”, dirigido por los profesores José Beltrán (Universidad de Sevilla) y Beatrice Palma (Università degli Studi di Roma Tor Vergata); las exposiciones *Entre dioses y hombres* (Museo del Prado)<sup>10</sup>, *Velázquez. Esculturas para el Alcázar* (Real Academia de San Fernando)<sup>11</sup>, y *Corona y Arqueología en el Siglo de las Luces* (Palacio Real)<sup>12</sup> en Madrid; *Escultures famoses. La difusió del gust per l'antiguitat i el col·leccionisme*, en Barcelona (Museu Frederic Marès)<sup>13</sup>, o *El rescate de la Antigüedad clásica en Andalucía* en Sevilla (Hospital de los Venerables)<sup>14</sup>. En general, estas exposiciones, congresos y estudios se han centrado más en la época de institucionalización y profesionalización de la arqueología como disciplina, es decir, en los siglos XVIII y XIX, cuando se crearon los cauces para su desarrollo a través de academias, sociedades científicas, excavaciones sistemáticas, museos públicos y colecciones. Por ello es doblemente bienvenido el nuevo libro del profesor Morán, pues la etapa anterior, los siglos XV-XVII, ha sido

---

<sup>9</sup> Actas del Simposio *El coleccionismo de escultura clásica en España*, Madrid, Museo Nacional del Prado, 2001. S. Schröder es autor también del Catálogo de la Escultura Clásica del Prado.

<sup>10</sup> Stephan Schröder (ed.), *Entre dioses y hombres. Esculturas clásicas del Albertinum de Dresde y el Museo del Prado*, Madrid, Museo Nacional del Prado, 2008.

<sup>11</sup> José María Luzón Nogué (com.): *Velázquez. Esculturas para el Alcázar*, Madrid, Real Academia de San Fernando, 2007.

<sup>12</sup> Martín Almagro-Gorbea y Jorge Maier Allende (eds.), *Corona y Arqueología en el Siglo de las Luces*, Madrid, Patrimonio Nacional, 2010.

<sup>13</sup> Con textos de Pilar Vélez, directora del Museo, y Vicenç Furió, de la Universidad de Barcelona, publicados en los *Quaderns del Museu Frederic Marès*, 10, 2005.

<sup>14</sup> Fernando Amores Corredano, José Beltrán Fortes y Juan Fernández Lacomba (eds.), *El rescate de la Antigüedad clásica en Andalucía*, Sevilla, Fundación Focus-Abengoa, 2008.

escasamente tratada en la bibliografía arqueológica, salvo casos excepcionales como las figuras de Antonio Agustín, Ambrosio de Morales o Rodrigo Caro.

Este libro que ahora presentamos es la última publicación del profesor Morán, fruto, entre otros, del grupo de investigación de la Universidad Complutense *Arte, arquitectura y civilización de corte en España*. Adelanto que se trata de un libro magnífico, y magníficamente editado por el Centro de Estudios Europa Hispánica. El tema central es el mundo de los eruditos y coleccionistas de antigüedades en España, desde la Edad Media hasta el siglo XVII. En palabras del autor, esta época y tema constituyen un “capítulo fundamental de la historia del gusto en la España moderna donde trato de establecer el interés que despertaron las antigüedades y las razones que llevaron a reunir las y coleccionarlas. Un capítulo en el que van de la mano la erudición y el coleccionismo anticuario” (p. 20). A partir de una serie de personajes (reyes, nobles, eruditos y anticuarios, coleccionistas y aficionados a la Antigüedad), protagonistas de los primeros pasos de la arqueología en España, Morán presenta un cuadro vivo y cercano de la vida y los problemas del coleccionismo en época moderna. Ciertamente muchos de estos personajes ya habían sido previamente estudiados con el objetivo de analizar sus aportaciones al discurso histórico, al conocimiento de la historia antigua de España, a través de los vestigios del pasado que observaban, dibujaban, describían o coleccionaban<sup>15</sup>, pero Morán nos los presenta bajo una nueva luz, inmersos en su ambiente, en su vida cotidiana: eruditos y anticuarios como Antonio Agustín, Ambrosio de Morales, Rodrigo Caro, el p. Alfonso Chacón, Luis Pons d’Icart, Juan Fernández Franco, Benito Arias Montano; coleccionistas como los Duques de Alcalá-Medinaceli, el virrey de Nápoles D. Pedro de Toledo, el Duque de Alba, Luis de Ávila, marqués de Mirabel, el Marqués del Carpio; o grandes coleccionistas y a la vez anticuarios como Martín de Gurrea y Aragón, duque de Villahermosa, Vincencio Juan de Lastanosa, Diego Hurtado de Mendoza, el Conde de Guimerá, el Marqués de Estepa... Todos ellos adscritos, podríamos decir, a centros de erudición geográficamente distantes (Aragón-Cataluña, Valencia, Andalucía, Castilla, también Roma o Nápoles) pero bien relacionados entre sí mediante visitas y una amplia correspondencia.

---

<sup>15</sup> Véase, por ejemplo, Mariano Ayarzagüena y Gloria Mora (coords.), *Pioneros de la arqueología en España. Del siglo XVI a 1912*, Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares, 2004 (tanto el catálogo de la exposición como la serie de biografías recogidas en el volumen monográfico de la revista *Zona Arqueológica* nº 3, 2004).

El libro consta de una introducción y nueve capítulos con títulos tan atractivos como sugerentes que, bien engarzados, nos van llevando por el camino de los avances en la valoración y coleccionismo de las antigüedades clásicas desde la Edad Media hasta mediados del siglo XVII<sup>16</sup>. Cada capítulo es independiente, pero todos juntos forman un apasionante cuadro del complejo y polifacético mundo del coleccionismo, la erudición y los estudios sobre la Antigüedad en España y sus relaciones con Italia.

Hagamos un rápido repaso. En “A modo de introducción”, Morán introduce a Rodrigo Caro, considerado por Antonio García y Bellido un pionero de la arqueología española por sus viajes por Andalucía en busca de antigüedades<sup>17</sup>, y a otros personajes que serán los protagonistas de los distintos capítulos, tanto coleccionistas como anticuarios o ambas cosas. El caso de Rodrigo Caro sirve de ejemplo de una actitud muy propia de estos humanistas: por un lado, la exhaustiva recopilación, dibujo y estudio de las antigüedades vistas en el transcurso de sus viajes para elaborar su gran obra *Antigüedades, y Principado de la ilustrísima Ciudad de Sevilla, y Chorografía de su convento jurídico o antigua chancillería* (Sevilla, 1634); junto a ello la idealización nostálgica de la Antigüedad como un paraíso perdido, modelo para el presente y única alternativa o consuelo a los desencuentros y sinsabores cotidianos. En un manuscrito de 1626, *Días geniales o lúdicos* (es decir, alegres), Caro recreaba esta Arcadia en el jardín arqueológico de su propiedad cerca de Utrera por el que paseaba con sus amigos humanistas, reviviendo el *otium cum dignitate* de Cicerón. Se trata, en palabras de Morán, de un “testimonio excepcional y profundamente vívido de cuál era el clima intelectual que se respiraba en los círculos eruditos de la España de los Austrias” (p. 11), que tiene paralelos en los casos similares del Duque de Alba en La Abadía (Cáceres), el Duque de Villahermosa en Pedrola (Zaragoza), Antonio Agustín en Tarragona, el marqués de Mirabel en Plasencia, los Duques de Alcalá en Sevilla, Arias Montano en la Peña de Aracena, o el “discreto” Lastanosa, el Salastano de Gracián, tan bien estudiado por Morán en trabajos anteriores, en su casa de Huesca.

Sobre la valoración de las ruinas en la España medieval (capítulo I) hay muy pocos trabajos, lo que hace más importante la aportación de Morán, que se une a los trabajos anteriores de Michael Greenhalgh e incluso del gran Gregorovius. Aborda, entre otros temas, la reutilización de materiales romanos tanto en la España cristiana

---

<sup>16</sup> Tres de los capítulos ya habían sido publicados por Morán en revistas especializadas o en actas de congresos, aunque han sido convenientemente revisados para la ocasión, actualizando la bibliografía.

<sup>17</sup> García y Bellido fundó en 1951 el Instituto Español de Arqueología del CSIC, dándole el nombre de “Rodrigo Caro”.

como en Al-Andalus, caso, por ejemplo, de las columnas y capiteles traídos intencionadamente desde Mérida y empleados en la Mezquita de Córdoba y en Medina Azahara, pues eran elementos de prestigio por su antigüedad y su pertenencia al Imperio Romano, modelo para los nuevos reinos. O las oscilaciones en la valoración de estos vestigios de la Antigüedad, desde la mera reutilización práctica a su uso como modelos estéticos. También analiza Morán las descripciones de ciertos monumentos antiguos por viajeros y geógrafos árabes como Rasis (Al-Razî) y por la historiografía cristiana medieval, como la *General Estoria* de Alfonso X el Sabio: los puentes romanos de Alcántara, Córdoba o Mérida, el acueducto de Segovia, la Torre de Hércules de La Coruña, las ruinas de Itálica, el teatro de Sagunto... Una parte muy interesante es la dedicada al papel de los reyes de Aragón en la protección de las antigüedades de Grecia (decreto promulgado en 1380 por Pedro IV el Ceremonioso para proteger la Acrópolis de Atenas, “la plus richa joya”) y la tradicional vinculación de Cataluña con la Grecia antigua a través de las colonias de Emporion (Ampurias) y Rhode (Rosas).

Los españoles en Roma - otro tema poco estudiado en España salvo por Ángel Gómez Moreno, cuyo libro *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos* (Madrid, 1994) constituye una referencia esencial para Morán - ocupan varios capítulos (II, VII): las primeras descripciones de viajeros, con comprensibles errores de identificación e interpretaciones a partir de leyendas y fábulas (Benjamín de Tudela, ca. 1165, o Pedro Tafur en sus *Andanças e viajes* de 1454); las ruinas cantadas por los poetas del Siglo de Oro que se inspiran en Baltasar de Castiglione (Garcilaso, Gutierre de Cetina, Bartolomé Leonardo de Argensola, Góngora, Rodrigo Caro) o en Du Bellay (Quevedo); la entrada triunfal de Carlos V en Roma en 1536, como nuevo Escipión el Africano, tras la campaña de Túnez en la que se redescubría Cartago; las primeras investigaciones sobre las catacumbas cristianas, por el p. Alfonso Chacón; los proyectos epigráficos desarrollados en Roma por Antonio Agustín o el Dr. Luis Lucena; las colecciones de antigüedades reunidas por virreyes y embajadores españoles en Roma y en Nápoles, como Pedro de Toledo, en parte llevadas a España. Y en este punto podemos enlazar con el capítulo VIII, dedicado a aquellos “hombres curiosos” y “amadores” de las antigüedades que coleccionaron estatuas y que fueron en realidad bastantes más que los mencionados por Diego de Villalta en una famosa cita.

La consideración humanista de las inscripciones y monedas como “archivos fiables” o fuentes para construir el discurso histórico más fidedignas que los textos literarios convirtió a la epigrafía y la numismática en nuevas disciplinas auxiliares de la

Historia, proceso en el que Antonio Agustín desempeñó un papel fundamental (“yo más fe doy a las monedas e inscripciones que a todo lo que escriben los escritores”, viene a decir en uno de sus *Diálogos de medallas*). A medida que se va tomando conciencia de la importancia de estos monumentos como fuentes para la Historia, y de que esta historia antigua es fundamental para la identidad nacional y para el prestigio de la monarquía, se va asentando la necesidad de conservar estos *vestigia antiquitatis* mediante decretos y leyes. Buena muestra, y temprana, son las preguntas sobre antigüedades incluidas en las *Relaciones Topográficas* de Felipe II, cuyas respuestas (a veces con dibujos) sirvieron a Ambrosio de Morales, el anticuario convertido en cronista, para documentar su continuación de la *Crónica General de España* comenzada por Florián de Ocampo y publicar de forma independiente un apéndice de ésta, el *Discurso de las antigüedades de las ciudades de España* (1575), el primer tratado de arqueología escrito en España.

Dos reyes, Felipe II y Felipe IV, protagonizan sendos capítulos. Sobre Felipe II persiste el enigma de por qué no le interesaron las estatuas clásicas, siendo ésta del coleccionismo una práctica habitual acometida por otros reyes, papas, cardenales, nobles de la época para quienes una buena colección era signo de prestigio, de poder y de categoría social e intelectual. El interés de Felipe por la Antigüedad se aprecia mejor en otros campos, como en el de la cartografía, con esos mapas de *Hispania Antiqua* elaborados por Abraham Ortelius en los que el Imperio español aparece como un territorio superpuesto y equivalente al del Imperio Romano. En el capítulo dedicado a Felipe IV y las antigüedades, uno de los ya publicados anteriormente por Morán, el autor recrea ese segundo viaje de Velázquez a Roma, sus dificultades para conseguir las preciadas antigüedades, así como sus pocas ganas de regresar a España.

No hay conclusiones finales, pues éstas están integradas en cada capítulo. Pero se echa en falta un cierre para el libro: unas notas, siquiera breves, sobre lo que siguió, sobre la continuidad (o no) de esta forma de coleccionismo y de los proyectos emprendidos por los humanistas, sobre los cambios impuestos por la nueva dinastía de los Borbones en época ilustrada, con la creación de instituciones específicas como las Reales Academias de la Historia o la de Bellas Artes de San Fernando que desarrollaron nuevos proyectos histórico-anticuarios dirigidos oficialmente a escribir una nueva Historia Nacional despojada de leyendas y tradiciones y adornada con monumentos que

demostraban la remota antigüedad de España y, por tanto, sus prerrogativas sobre otras naciones y reinos, incluida la Santa Sede.

Morán muestra un gran dominio de los temas, de la bibliografía y de las representaciones gráficas de antigüedades en libros y manuscritos<sup>18</sup>. Este dominio es una de las ventajas de los historiadores del Arte: el conocimiento profundo del contexto histórico, artístico y cultural de la Europa moderna. Así, Morán ha sabido comprender y llevar a la práctica la necesidad de abordar el tema del coleccionismo desde distintos puntos de vista, un acercamiento interdisciplinar imprescindible para poder llegar a conocer y desentrañar las complejidades de ese mundo, en el que los distintos intereses estaban mezclados, en el que no existía la especialización. Un anticuario era filólogo, literato, tratadista, a veces artista o arquitecto, y por lo general coleccionista; su interés por la Antigüedad y por el coleccionismo de antigüedades podía ser meramente erudito, pero casi siempre estaba ligado a intereses políticos, ya fuera de la monarquía como de la Iglesia, nacionales o locales. Este amplio panorama resulta un complemento fundamental a los estudios más precisos de los arqueólogos (B. Cacciotti, M.Á. Elvira, S. Schröder), que estudian el origen, formación y destino de las colecciones anticuarias, las restauraciones, copias y falsificaciones, la museología o exposición de los objetos, y localizan e identifican las piezas mencionadas en la documentación (inventarios, almonedas, testamentarias, epistolarios, obras impresas).

Decía Stuart Piggott, pionero en los estudios de historia de la arqueología en Inglaterra, que la ciencia que hoy denominamos arqueología comenzó siendo un mero episodio en la historia del gusto y del coleccionismo<sup>19</sup>. El libro del profesor Morán demuestra hasta qué punto estuvieron imbricados el gusto artístico y el estudio de la antigüedad a través de sus restos materiales, pues logra hacer una vibrante reconstrucción del ambiente intelectual que propició el coleccionismo y su influencia en el ambiente cultural, artístico o científico del Renacimiento. En este sentido, España es un buen ejemplo de lo que K. Pomian definió como la bipolaridad del coleccionismo de antigüedades: los anticuarios y aficionados estudiados por Morán eligieron tanto piezas de origen grecorromano (el “polo clásico”) como “nacionales”, es decir, prerromanas -

---

<sup>18</sup> No obstante, en algunos textos faltan referencias concretas en notas a pie de página a obras (libros o artículos), sobre todo procedentes del campo de la arqueología, la epigrafía y la numismática, que sí aparecen citadas en la bibliografía final. En ésta, además, hay alguna que otra ausencia: por ejemplo, falta la referencia a la obra citada en p. 195, nota 98 como “Dupré 2004”, que es, en realidad, G. Mora, “Historia de la investigación”, en X. Dupré Raventós (ed.), *Las capitales provinciales de Hispania*. 2. *Mérida, Colonia Augusta Emerita*, Roma, “L’Erma” di Bretschneider, 2004.

<sup>19</sup> Stuart Piggott, *Ruins in a Landscape. Essays in Antiquarianism*, Edinburgh, 1976, p. VI.

galas, hispanas, etruscas, germánicas, etc. - y medievales (el “polo étnico o nacionalista”), pues todas ellas proporcionaban una imagen del pasado glorioso de España y, por tanto, eran de utilidad a los intereses de la Nación.

En uno de sus libros más influyentes, Michel Foucault afirmaba que ninguna cosa nueva lo es hasta el punto de poder ser percibida y valorada independientemente de su contexto: el objeto “existe en las condiciones positivas de un haz complejo de relaciones”<sup>20</sup>. En esta línea, los estudiosos del coleccionismo se sitúan a medio camino entre los historiadores del Arte y los de la Arqueología. Éstos defienden el estudio de la cultura material *per se*, como fuente para la Historia; se interesan por la identificación de las antigüedades – objetos y monumentos – vistas *in situ* o en colecciones y descritas y dibujadas por los anticuarios. Sin embargo, los historiadores del arte se ocupan de los objetos desde el punto de vista del arte y de la estética, interesándose más por reflejar el ambiente intelectual de estos eruditos y coleccionistas, sus conocimientos y sus lecturas, así como su gusto artístico y sus ideas sobre el arte antiguo. Ambas tendencias se encuentran con una serie de limitaciones que en este libro vemos solventadas, pues el profesor Morán plantea el estudio del coleccionismo de antigüedades como una herramienta para profundizar en el espíritu de una época, sus problemas e intereses; en definitiva, el objetivo último de su investigación es el conocimiento histórico en su sentido más amplio.

Gloria Mora

Universidad Autónoma de Madrid

---

<sup>20</sup> M. Foucault, *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1970<sup>19</sup>, p. 73.